

Ejemplo de la yedra que entra en casa

TARDES antes de la última Nochebuena, mi mujer y yo fuimos a Toledo para hacerle visita en su cigarral a don Gregorio Marañón. Venía con nosotros Marino Gómez-Santos, periodista-biógrafo que tiene la fórmula para encapsular vidas considerables en seis páginas de este periódico y luego sigue, alegre, colgado en el estribo de la amistad.

Todo el mundo hacia Toledo estaba anubarrado. Se me paró el limpiaparabrisas, y seguimos con lluvia en las pupilas. Se me cayó el silenciador, y subíamos alegremente las cuestas con un petardeo a la soledad insigne, como estudiantes que alcancean una tarde de domingo sobre su cacharrito.

Cuenta Plinio el Joven que un muchacho de la Bética, lector vehemente de Tito Livio, fué desde Cádiz a Roma sólo para verlo de cerca. Livio tenía lo que se ha llamado la «lactea ubertas», esa sabrosa y sosegada fecundidad que a nosotros nos asombra en la obra de Marañón. Con esa viejísima nota de juventud, el corazón me anunciaba que al cigarral de «Los Dolores» no se puede peregrinar para postarse ante una senectud ilustre, ni para emborbarse ante un énfasis, ni para implorar la curación de mortales o inocentes ulteriores. Allí manan sencillamente horas de verdad, de perennidad. Se irradiaba allí, como el arrebol sanguíneo de un fogaril que no se enfria, una juventud que, desde luego, un día cercenará la muerte, pero que ninguna forma de decrepitud podría ir apagando.

La vieja luz de la tarde se plateaba en los olivos, entre nubes de color de pechuga zurita y un barro tierno de alfar. Dentro, bajo la campana de la chimenea, estaban el doctor, doña Lola, la señora; las hijas y Gregorio, que es siempre un poco el joven embajador llegado en vacaciones. Estaba Fernando Díaz-Plaja, eminente zagalón con aire de campeón de esquí que de pronto rompiera a hablar de Eurípides. Se hablaba sin rumbo, pero con mesura. Saltó un tema de la actualidad médica, y se coloreó de reconfortante pasión, de desenfadado de charla de estudiantes a la puerta del aula. Yo pensaba que cuando es de ley, la juventud es nada menos que una costumbre. Allí, los grabados de las paredes, la estera que pisan nuestros pies, la plata, la madera bruñida, el tejemaneje de la temporada intimidad tienen el semblante del Marañón de los años

veinte. Señor, libranos a mi y a mis cosas del énfasis de creernos Historia y danos la honesta certidumbre de ser solamente Vida.

—Voy a regalarle a usted—me dijo don Gregorio—uno de los dos primeros ejemplares del libro que me ha traído el autor esta mañana.

Pues Dios se lo pague, porque ese es un libro angélico y centelleante de un hombre y el prólogo de Marañón afirmando la esencial hermandad entre el Hombre y el Hombre da escalofrío, que son palabras flotando un palmo por encima de la Vida misma. La prosa de Marañón es la más pura, la más eficaz que se ha llegado a escribir en nuestra lengua, porque está interiormente atirantada por la «sintaxis» sustancial de las virtudes teológicas. Pero de todas, Marañón es un español rigurosamente moderno, porque en él, en su ser y naturalmente en su estilo, se han equilibrado las tensiones internas que arman al hombre cabal, y cuya descompensación ha sido el verdadero mal de España. Profetizar el pasado y evocar el futuro, como Galdós decía a Marañón.

Bajamos al refectorio. Había chocolate con migas. Hablamos de los tres cronistas de la guerra granadina; de Núñez Muley, de don Manuel Gómez Moreno. Saltó una anécdota de don Ramón Menéndez Pidal, que guardo como una perla en la ostra de mi corazón. Marañón se movía en la Historia como en la clínica: radiante, enteradísimo, sosegado.

—Tome usted ese «hueso de santo». Es cosa «eficaz».

Nunca me han ofrecido un dulce con tan bella receta.

Pasamos a la biblioteca. Es exactamente la cueva de una inteligencia viva. De pronto vi un brote de yedra que emerge de un plúteo entre los libros. La yedra ha perforado el muro del cigarral y se ha posado en las Humanidades. Recórdese instantáneamente que en la celda de Luis Vives, en Oxford, las abejas hicieron un panal, y por eso al valenciano le llamaban «el Meliflúo».

¡Ay, España, naturaleza indócita, yedra de Cristo, abeja que melifica en el alféizar del Espíritu!

José Antonio TORREBLANCA

24 enero. 1959
"Pueblo"